

REVISTA DE TEATROS.

DIARIO PINTORESCO DE LITERATURA.

NUM. 37.

MADRID 4 DE FEBRERO DE 1843.

SEGUNDA SERIE.



APUNTES DEL VIAJERO INGLESES.

Como hemos anunciado ya, nuestro viajero atravesó el imperio chino formando parte de la numerosa caravana que se arregló en Pekin, para evitar ser robado por los tártaros de los confines del imperio. Por tres veces tubo la caravana que sostener choques contra ellos, de los cuales salió siempre victoriosa, sin otras pérdidas que la de algunos camellos y aun tuvieron ocasion de apoderarse de algun ganado de los bárbaros. Finalmente, despues de una penosísima marcha llegó nuestro viajero á una aldea cercana á Norteinskoy, ciudad de la Tartaria Rusa, sobre la cual se espresa en estos terminos:

«Quise examinar el modo de vivir de los habitantes de la aldea y me pareció el mas brutal y grosero de cuantos pueden imaginarse. En este dia iban á celebrar una gran ceremonia. Un ídolo de madera (véase nuestro precedente número) mas asqueroso que el diablo, segun deduje por los retratos que de él tenemos, se hallaba colocado sobre una pequeña eminencia de tierra. La cabeza del ídolo no se parecia á la de ningún animal conocido, sus orejas eran tan largas como los cuernos de un macho de cabrio: su boca cuadrada y abierta como las fauces de un leon, estaba guarnecida de horrosos dientes, terminando por un corchete semejante al pico de un loro. El traje era lo mas sucio que puede imaginarse: su principal ornamento consistia en una piel de un carnero y un gorro tártaro le cubria la cabeza dando salida á dos cuernos: la figura tendria seis pies de alto, sin pies ni brazos de una estructura disforme.

Este monstruo horroroso se hallaba situado fuera de la ciudad, y distinguí diez y seis ó diez y siete criaturas humanas cuyo sexo no podia calificar por usar todos el mismo traje prosternados ante su Dios: no se movian, cual si fuesen tambien de madera, y asi lo creí á la primera ojeada; pero cuando me aproximé se levantaron dando gritos como una jauría de perros, y se ocultaron ofendidos al parecer por nuestra presencia. A la entrada de una tienda tres hombres, que serian los sacerdotes del ídolo, acababan de inmolar en su honor tres carneros y un becerro.

La indignacion que se apoderó de mí al ver aquella profanacion fué tal, que me disponia á

destruir el mazacote sin reflexionar el riesgo á que me esponia; pero mi compañero mas prudente, me contó, que un portugués que se permitió tan solo mofarse de la bella deidad que reverenciaban, fué cogido, atado á los cuernos del monstruo divinizado y matado á flechazos por aquellos bárbaros.

Este relato en vez de aplacarme me encolerizó mas; y discuriendo los medios de que me valdria para sacar á aquellos infelices de su error, combiné un plan bastante seguro y de fácil éxito, mediante á que la caravana habia de detenerse tres dias en el villorro, y que podia disponer de gente resuelta y bien armada.

Comuniqué mi proyecto al comerciante escocés, el cual despues de haberlo combatido haciendo varias observaciones muy juiciosas, viendo que mi resolucion era invariable, lo aprobó y aun se ofreció á acompañarme y prestarme ayuda en su ejecucion; tambien fue de mi opinion otro escocés valiente y decidido llamado Richardson, y los tres acompañados de mi fiel criado, con el mayor sigilo salimos á la media noche, armados y dispuestos á todo, para llevar á cabo el proyecto de que voy á dar cuenta al lector.

(Se continuará.)

EL IDIOTA

ó LA POSADA DEL LEON DE ORO.

(Conclusion).

La sala general de la posada se hallaba desierta: de un momento á otro debia llegar la posadera de Alenzon, Dubos juzgó prudente alejarse antes de la llegada del temible mayoral. Sin embargo, como no conservaba odio alguno contra Maria de Champrenault, causa inocente de su mal rato, no quiso privarse de ella. Mientras que le ensillaban un caballo entró en la estancia reservada.

No contaremos la escena que pasó entre ellos. Hay circunstancias en que el sarcasmo es una infamia: y la infamia razonada, por decirlo asi, solo inspira asco.

A Dubos le agradaba aquella escena, porque la prolongó por mas tiempo del que habia imaginado. Maria sorprendida al principio, y despues indignada, no respondia: el desprecio la libertaba del dolor. En tanto oyóse mucha bulla en el salon de la posada. Cuando Dubos trató de salir se hallaba lleno de gente: nunca se habia visto tan favorecido el *Leon de Oro*. Los recién llegados eran viajeros de la diligencia de Alenzon á Paris, por un lado y por otro cuatro caballeros que acababan de llegar de esta última ciudad en silla de posta; ademas nuestros dos amantes escoltados por Mr. Quesnot, y por último Mr. Seigneur, notario de St. Yon, armado con un enorme legajo de papeles.

Urbano entraba en el cuarto de las dos camas al mismo tiempo que salia Dubos: al divisar á este último los cuatro caballeros exalaron un grito de alegria.

—Ya le encontramos! dijeron: nuestro viaje ha terminado.

Dubos, haciendo de necesidad virtud, se entregó á discrecion: eran cuatro de sus acreedores de Paris.

—Los herederos de Mr. de Champrenault, (Isidro Maria del Espiritu Santo) dijo el notario en alta voz.

Nadie respondió: Quesnot puso la mano en el hombro á Mr. Seigneur.

—En aquel cuarto... le dijo señalando la habitacion de las dos dos camas.

—Mr. de Leislemer (Rogerio Antonio)! volvió á decir el notario.

Rogerio se presentó preguntando que se le queria.

—Mi querido amigo, nada sé, le respondió Mr. Quesnot con lastimoso semblante; Mr. Seigneur va probablemente á decirnoslo.

Dubos escuchaba con atencion, con notable curiosidad.

—Tenga vd. la bondad de seguirme Mr. de Leislemer, replicó el notario.

Quesnot, Ernestina, Rogerio y Mr. Segnier,

entraron en el cuarto de las dos camas. La puerta se cerró en seguida. Los viajeros de la diligencia montaron de nuevo y partieron, quedándose Urbano por haberse procurado un reemplazo. Dubos permanecía solo con los cuatro acreedores, quienes le intimaron que partiría con ellos al instante. Pero no se movía, aplicando el oído al agujero de la cerradura del cuarto particular y escuchando con la mayor atención.

— Señores, dijo de repente, mi suerte se decide detrás de ese tabique. Nada tengo, pero dentro de dos minutos puedo poseer 50,000 libras de renta.

Los cuatro acreedores se encogieron de hombros.

— Por mi honor, continuó Dubos, os aseguro que es un hecho.

— Por su honor! repitió uno de los acreedores.

Los otros tres soltaron la carcajada.

— Vamos, tenga vd. la bondad de venir con nosotros: la silla es cómoda y segura...

— No me creen vds.?... pues bien, pónganse vds. á escuchar.

— Cien mil libras de renta! decía el notario en el interior, á partir entre Mr. de Leislemer y Mlle. de Champrenault.

— Oyea vds.! continuó Dubos: pues bien; esa muger me pertenece: la habia abandonado. Si vuelvo á presentarme á ella arrepentido y fingiendo que todo lo ignoro, me perdonará: si vds. me obligan á esperar, ella adivinará los motivos, y será demasiado tarde.

Los cuatro acreedores se miraron sin saber que resolver.

— Y vds. perderán sus créditos! exclamó Dubos, creyendo dar un gran golpe.

— Necesario es confesar, replicó uno de los parisienses, que tiene vd. una facilidad maravillosa para mentir. Esta es la centésima fábula que vd. me cuenta y ya estaba próximo á ceder.

— Y nosotros tambien! dijeron los demas.

Dubos dejó escapar una exclamacion de rabia. Un millon!... un millon es lo que vds. me roban! exclamó mientras le arrastraban hacia la silla de postas.

No era el mas fuerte y tuvo que subir al coche, el cual salió á escape para Paris.

En el mismo instante se abrió la puerta de la habitacion reservada. Quesnot salió el primero dando la mano á Maria de Champrenault.

— Hermosa señora, le dijo con triste acento: tengo cincuenta años, una fortuna muy pingüe y la mejor reputacion: todo se lo ofrezco á usted en cambio de su mano.

Maria le desechó con la mayor politica. Al notario le sentó tan mal la respuesta, que tuvo que dar á su fisonomía el risueño aspecto que reclamaban las circunstancias. Soltó la mano de Maria y fué á reunirse á los dos amantes.

— Por lo menos, mi querido hijo, ya vé usted que no he aguardado á este acontecimiento para concederle la mano de mi hija, dijo á Rogerio.

— Escelente padre! exclamó este.

Ya no me sorprende, dijo Mr. Seigneur sin reflexionar, que viniese vd. á despertarme á media noche: el negocio valia la pena.

— Torpe! murmuró Quesnot frotándose las manos.

Rogerio fingió no haber oido nada.

Cerca del hogar Rogerio y Maria hablaban en voz baja.

— Yo no poseo bienes algunos, decía el primero, y tengo que mantener á mi madre.

— Pero yo soy rica! no he adquirido, al aceptar vuestros beneficios el derecho de hacerlos?

Urbano la interrumpió por un ademán: y luego, creyendo haberla ofendido, continuó:

— Es vd. demasiado generosa: yo permaneceré siempre mayoral.

Maria inclinó la cabeza: cuando la levantó sus mejillas estaban encendidas. Muchas veces abrió la boca sin hablar, como si dos resoluciones contrarias suspendieran su palabra. Por último, presentó una mano á Urbano, quien la estrechó entre las suyas.

— Mi hija no tiene padre!... le dijo á media voz.

Urbano retrocedió poniéndose la mano en el corazon para contener los latidos. Mr. Quesnot se habia aproximado á paso de raposo.

— Tendremos boda doble! exclamó riendo á carcajadas... Hermosa señora, solicito el honor de firmar el contrato.

El doble matrimonio tuvo lugar con efecto, pero no en el Leon de Oro. A la mañana siguiente, la diligencia de Alençon á Paris arrastró en su seno á nuestros cinco personajes, quienes vivieron felices. — A lo menos nada nos induce á suponer lo contrario.

Dubos pasó cinco años en la cárcel de los deudores. Cuando salió de ella habia ocurrido la restauracion. Se hizo pasar por oficial del imperio, injustamente borrado de los cuadros, y ganó en su nuevo oficio para vivir con comodidad.

En cuanto á Clemente Douceau, su historia fué menos divertida.

Algun tiempo despues de los sucesos que acabamos de contar, el sargento Gerardo, al entrar un dia en la posada del Leon de Oro vió, no sin admiracion, al idiota acurrucado en su rincón como de costumbre. Estaba desencajado y como abatido por una larga abstinencia. El sargento se apoderó de él sin otro obstáculo que las lágrimas y los gritos de la señora Durand. Conducido ante el tribunal de Alençon, Clemente guardó un obstinado silencio: la causa se alargaba: todas las personas que han figurado en este relato fueron citadas como testigos: por último, ni el jurado ni el tribunal sabian qué

decidir. La mañana de la sentencia se permitió á la señora Durand entrar en el encierro de su sobrino. La buena muger llevaba una botella de aguardiente, sin perjuicio de dobiar la dosis segun las circunstancias. El idiota se apoderó de la botella, y la apuró hasta la última gota.

Le condujeron á la audiencia. Su aspecto habia cambiado, produciendo el alcohol el efecto ordinario.

— He matado, exclamó: he matado y mataré, porque me gusta matar!

A pesar de las lamentaciones de la señora Durand, que juraba y perjuraba que el pobre Clemente era incapaz de hacer mal á una mosca, Clemente fué declarado criminal. A causa de su idiotismo, el tribunal acordó que fuese encerrado á perpetuidad en una casa de locos.

Asi quedó privada de su ángel protector la posada del Leon de Oro. La señora Durand derramó abundantes lágrimas y pronosticó la ruina de la mas bella posada de Bellesme. El acaso justificó su dicho. Despues de la prision de Clemente Douceau, el Leon de Oro vejetó durante algunos meses, y por último recibió el golpe de gracia por un posadero rival que vino á establecerse en la aldea.

En la actualidad el Leon de Oro pertenece á la historia.



Hemos tenido el placer de asistir al primer baile de máscaras que se ha dado el sábado último en los salones de la sociedad dramática de la Union, que ocupa una parte del edificio donde se halla el Conservatorio nacional de música y declamacion. Adornada la sala principal con esquisito gusto y elegancia, preparado el tocador de señoras con toda la comodidad y belleza que son dables, perfectamente asistido el ambigü y reunida una brillante orquesta, nada quedaba que desear mas que la concurrencia correspondiese con tan buenas circunstancias. Por fortuna esta fué lucidísima, y el orden y compostura que allí reinaron, probaron como siempre bien á las claras que son justos y merecidos los elogios que en todas ocasiones se han tributado á aquella sociedad. Notamos varias circunstancias que indudablemente contribuirán á que solo asistan personas dignas de tan escogida reunion: una de ellas es el exijirse que todos los billetes vayan con la firma ó el nombre de algun socio que es el que debe responder de la persona que los lleve; y otra es la de que haya varios socios destinados á recibir á las señoras y velar para que no se dé el mas mínimo motivo á que se cometa ningun desmán. Felicitamos á los señores que han tomado á su cargo esos bailes, y los deseamos que el éxito corresponda á sus esperanzas que no son otras que las de proporcionar á sus muchos amigos esta honesta y alegre diversion. Hoy sábado se dará el segundo baile, y esperamos que como es natural estará mas concurrido que el primero.



TEATROS.

CRUZ.

A las siete de la noche.

SIMON BOCANEGRA.

Muy aplaudido drama en 4 actos, y un prólogo, original de D. Antonio Garcia Gutierrez. Dará fin el espectáculo con baile nacional.

PERSONAJES.	ACTORES.
Susana.	Sras. Lamadrid.
Julietta.	Lapuerta.
Simon.	Sres. Latorre.
Gabriel.	Lumbreras.
Paolo.	Pizarroso.
Fiesco.	Lopez.
Lorenzino.	Azcona.
Lázaro.	Carceller.
Pietro.	Sanchez.
Zampieri.	Eusebi.
Dianno.	Spuntoni.
Page.	Reyes (D. M.)
Criado.	Fernandez.
Rafael.	Rada.

PRINCIPE.

A las siete de la noche.

Brillante sinfonia á completa orquesta.

Novena representacion de la comedia nueva, original del Excmo. señor don Francisco Martinez de la Rosa, en cinco actos y en verso, titulada:

EL ESPAÑOL EN VENECIA, O LA CABEZA ENCANTADA.

PERSONAJES.	ACTORES.
D. ^a Ines de Rojas.	Sra. Diez.
Eleonora.	Sra. Lamadrid.
Matilde.	Sra. Coreuera.
Beatriz.	Sra. Valero.
D. Luis Guevara.	Sr. Romea (D. J.)
Angelo Strozzi.	Sr. Romea (D. F.)
Salpicon.	Sr. Guzman (D. A.)
Un juez.	Sr. Uzelay.
Marineros.	Sr. Sanchez. Sr. Martinez.
Criado.	Sr. Fernand. (D. J.)

Intermedio de baile nacional.
Terminando la funcion con el muy divertido sainete, titulado:

LA BURLA DEL MESONERO.

CIRCO.

A las siete de la noche.
Se repetirá el gran baile historico en tres actos titulado.

LOS GRIEGOS, ó SEA LA LIBERTAD DE GRECIA.

Compuesto por Mr. A. Blanche y puesto en escena por el señor Emilio Rouquet.

La empresa del Circo, no ha omitido gasto alguno para la propiedad y el lujo de los trages y decoraciones; aquellos han sido ejecutados por el señor Foresti y estas y la maquinaria por don Eusebio Lucini.

DISTRIBUCION. Ulises, señor Caprotti. Elena, señora Vaghi. Niceta, señora Latour. Tombille, señor Romulo. Tomas, señor Hipolito. Monet. Carlos, señor Rouquet. Juan, señor Cayetano Massini, señor Turpini. Bajá de Morca, señor Capuzo. Mourad, señor Emilio Monet

BAILABLES.

Acto Primero.

Paso de jóvenes griegos por todos los alumnos; Rosa Tenorio, Petra Alegria, Dolores Montero, Josefa Borja, Dolores Beval, Manuela Hermosa, Paulina Vidal, Alfonso de Gracia, Susana Aguadél, José Rico, Juan Gras, Juan Heredia Juan Alonso, Manuel Liso, Francisco Crespo, Francisco Ataola.

Paso de carácter. Señora Elisa Latour y señor Rómulo.

Paso á tres, Señora Petit Rouquet, señora Masini y señor Ferranti.

Final. Señoras Raison, Caprotti, Fontanellas, Turpini, Frontini, Saavedra, Bianqui y Monjardin. Señores Mosso, Caravalli, Piatti, Rapeto, David, A. Monet, Cap uso y Bcdaride.

Acto Segundo.

Paso chinesco, señora Rosa Tenorio, señora Petra Alegria y señor José Rico Padedú, señora Amalia Masini y señor Morra.

Acto Tercero.

Paso de Bayaderas, señoras Raison, Fontanellas, M. Saavedra, Bianqui, Monjardin, Clerici, La Fuente, Perigalli, N. Saavedra, Lopez, Valverde, y Barquero.

Padedú señora Petit Rouquet, y señor Ferranti.

Paso de carácter Oriental por el señor Emilio Rouquet, acompañado de las señoras Caprotti, Turpini, Frontini y Rómulo, y los niños Gras, Rico, Heredia y Alonso.

FINAL GENERAL.

MADRID: IMPRENTA DE BOIX.